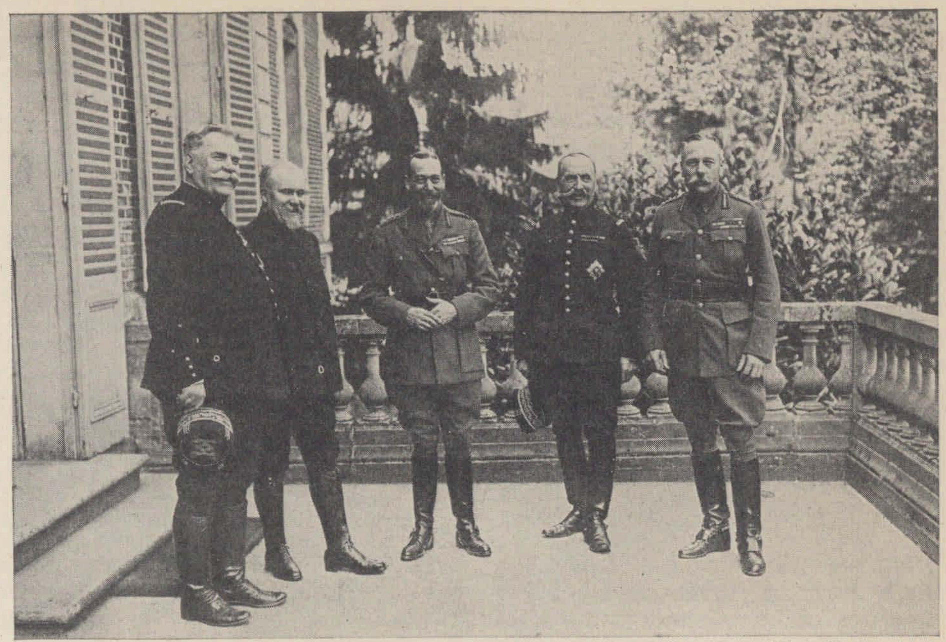


Interesante grupo, en que aparecen de izquierda a derecha, el mariscal Joffre, el presidente Poincaré, el rey Jorge V de Inglaterra, el mariscal Foch y el general Haig.

LA GUERRA EUROPEA — II

LA GUERRA EN EL MAR EN 1914

UNO de los factores decisivos para la guerra fué indudablemente el dominio del mar. Al comenzar la contienda, los aliados tenían a su disposición 109 cruceros de batalla, contra 54 que poseían los austroalemanes; 172 cruceros acorazados, contra 55; 595 torpederos, contra 242, y 166 submarinos, contra 100. Alemania hubo de retirar todos sus buques mercantes a los puertos neutrales, y comenzó desde el primer momento a estudiar los medios adecuados para disputar a Inglaterra la soberanía del mar. Inglaterra, por su parte, se disponía asimismo a establecer el bloqueo de Alemania.

LA GRAN GUERRA DURANTE EL AÑO 1915

Todos los combatientes de Oriente y de Occidente que tomaron parte en la gran guerra llegaron muy fatigados a los albores de 1915. En el campo de batalla de Occidente las dos líneas de combatientes se observaban con gran cuidado y recelo después de los sangrientos choques del otoño de 1914. Tanto los alemanes como los franceses habían llegado a convencerse de que no podrían obtener una victoria fulminante sin preparar vastos medios de combate y acumular material de todas clases. Se abrieron a lo largo de toda Francia líneas sucesivas de trincheras, unidas entre sí por verdaderos laberintos de comunicación, y en ellas pasaron el invierno millones de hombres armados sin atreverse a atacar. Hielo, nieve, fango, enfermedades, falta de alojamientos subterráneos, continuo fuego de artillería de un lado y de otro, privaciones sin cuento... todos estos elementos formaron el paisaje de los campos de batalla durante el invierno de 1914-1915. Llegada la primavera, creyó el alto mando francés que, reuniendo sus mejores divisiones en un punto determinado y acompañándolas de gran cantidad de ametralladoras y



Trineos tirados por perros esquimales, usados por las tropas expedicionarias en el Norte de Rusia (Costa Murmana).

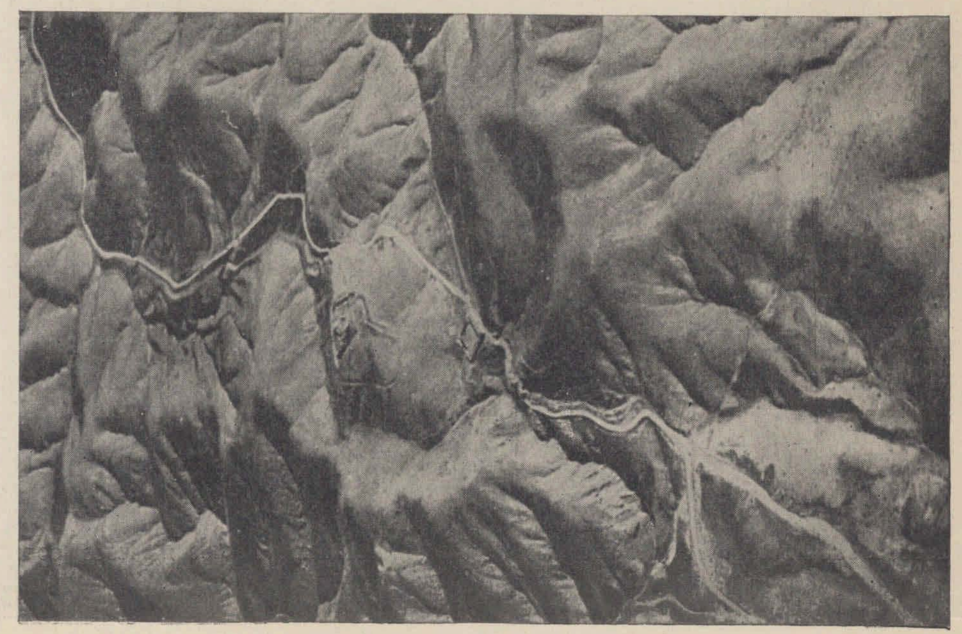
cañones lograría romper el frente alemán, avanzar a través de las líneas enemigas y obligar de este modo a los invasores de Francia, que conservaban en su poder ocho provincias francesas, a retirarse hacia Bélgica, y de allí, más tarde, hacia su país. Así se organizó la batalla conocida con el nombre de «ofensiva de Artois», en la que varias divisiones francesas, mandadas por el general Pétain, atacaron la línea alemana en las cercanías de Carency-Souchez y Nuestra Señora de Loreto. Los ingleses apoyaron estos ataques. Después de once días de asaltos continuos y violentísimos, las líneas alemanas permanecieron firmes, los ejércitos franceses apenas pudieron avanzar unos kilómetros, cayeron diez mil prisioneros alemanes y el terreno quedó sembrado de millares y millares de cadáveres.

En septiembre de este mismo año de 1915 hicieron los franceses la segunda intentona para romper el frente alemán. Bajo el mando del general Castelnau, atacaron doscientos mil franceses, después de un bombardeo de artillería que duró setenta y cinco horas. Rompieron la primera línea alemana, cogieron 23,000 prisioneros; pero llegados a la segunda línea, se estrellaron, sufriendo enormes pérdidas. Durante todo el año 1915 fueron llegando a Francia regimientos y más regimientos ingleses para organizar poco a poco el ejército británico, que había de llegar a ser un poderosísimo instrumento de combate. Excepto estas dos ofensivas francesas, el resto del año sólo conoció la llamada «guerra de desgaste», que consistía en abrir trincheras y trincheras, acumular material, acumular hombres y mantener inquietas las líneas del enemigo por medio de un constante fuego de artillería.

En el frente oriental, a principios del año 1915, los alemanes y los austrohúngaros habían reunido contra los rusos un millón setecientos mil hombres. En los primeros meses del año 1915 la emoción de la guerra estuvo toda entera en los campos orientales. A principios de febrero, el mariscal Hindenburg, al frente de enormes masas de infantería y de grandes fuerzas de artillería, avanzó sobre Varsovia, con la intención de ocupar la capital polaca y echar hacia dentro de Rusia el peligro de los ejércitos moscovitas, a los que el mundo conocía con el nombre de «rodillo apisonador». El príncipe heredero de Prusia Federico Guillermo dirigía en persona, aconsejado por el mariscal Hindenburg, aquella gran ofensiva. Llegaron los alemanes a las puertas de Varsovia. Pero en esto, verdaderas masas de refuerzos rusos



En la figura superior se ve a los jefes de dos tribus africanas de las proximidades del Zambesi escuchando el discurso de un delegado inglés sobre la guerra en el Africa Oriental. La inferior es una fotografía aérea del camino de Jericó a Jerusalén al pasar por la fuente de la Buena Samaritana. Comparando ambas fotografías entre sí y con la de la página 4278 se nota bien las repercusiones universales que tuvo la gran contienda y la variedad de circunstancias, países y terreno en que se desarrollaron las hostilidades.

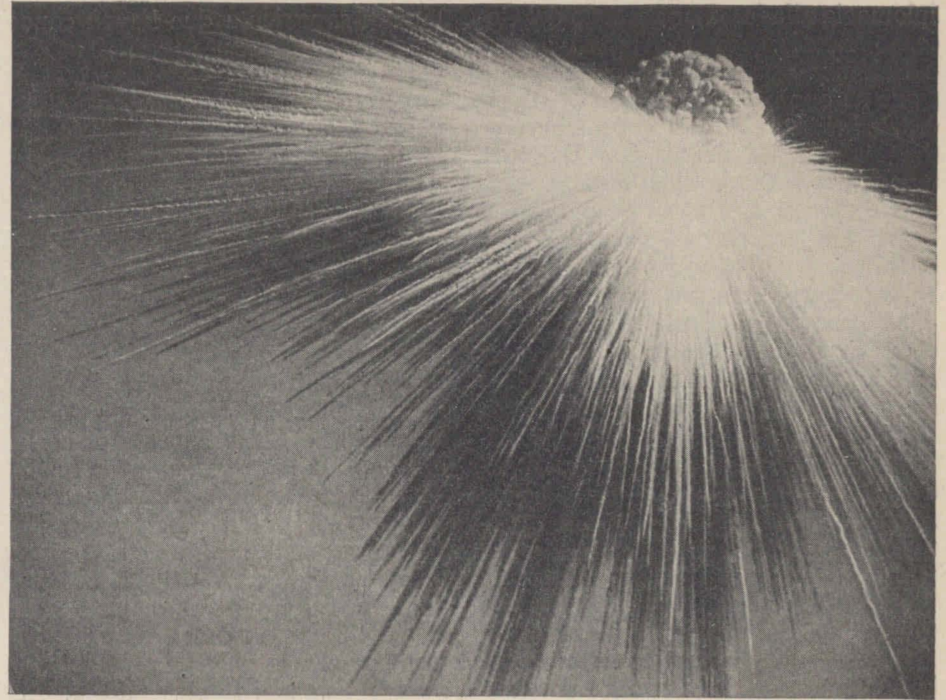


cayeron sobre el frente alemán y atacaron con tal violencia, que Hindenburg, con todos sus ejércitos, hubo de abandonar el terreno conquistado y retirarse hasta la frontera alemana, dejando en poder de los rusos grandes cantidades de prisioneros.

A fines de febrero y primeros de marzo los austriacos sufren nuevas y grandes derrotas en los Cárpatos. Las tropas rusas avanzan entre la nieve y trepan hasta las más altas montañas. Desde ellas comienzan a descender hacia las llanuras de Hungría. La fortaleza de Przemysl, que llevaba tres meses de resistencia, hubo de capitular ante el cerco ruso y dejar en manos del general Brusilof 120.000 soldados prisioneros y 1.500 piezas de artillería. ¿Qué pasaría si los rusos inundaban de soldados las llanuras de Hungría, granero de la Europa central? ¿Qué, si caía Budapest? Se vió por un momento la posibilidad de que Rusia aniquilara totalmente a Austria-Hungría. Entonces (1. de mayo de 1915), el general alemán Mackensen, con cinco ejércitos bajo su mando, atacó bruscamente las líneas rusas de la orilla del río Dunajec. Tan violenta fué la arremetida de Mackensen, que las líneas rusas, mandadas por Dimitrieff, se fueron desmoronando una a una. Los Cárpatos quedaron evacuados. Perdieron los rusos Przemysl y Lemberg y se retiraron hasta el río Dniester. El gran duque Nicolás, que era el generalísimo de los ejércitos rusos y primo del zar Nicolás II, tuvo que ordenar en todo el frente moscovita la retirada. Los regimientos rusos se iban replegando sin dejar de combatir, y esto ocasionaba bajas muy grandes a los alemanes; pero éstos avanzaban sin perder un solo momento, y tanto en Polonia como en Lituania, como en Curlandia, todas las ciudades y todos los pueblos y aldeas caían en poder de los alemanes. El 5 de agosto entró en Varsovia el príncipe Leopoldo de Baviera; las fortalezas más poderosas sucumbían. A fines de agosto, doce plazas fuertes, entre las cuales había seis de tipo modernísimo, habían tenido que rendirse al avance alemán. Cayeron en manos de los atacantes más de medio millón de prisioneros rusos. Este fué, quizá, el triunfo más grande que obtuvieron las tropas alemanas durante toda la guerra. Probaron al mundo que solas, frente a los innumerables ejércitos rusos, podían vencer gloriosamente.

EXPEDICION DE LOS DARDANELOS

La operación que las potencias aliadas (Inglaterra, Francia y Rusia) concibieron con objeto de herir en el corazón a Turquía fué ni más ni menos que el paso del Estrecho de los Dardanelos y la ocupación de la península de Gallípoli. Con ello tendrían Constantinopla en sus manos. La empresa, que era muy difícil, fué acometida demasiado tarde y sin tener en cuenta esa misma dificultad. Toda la península de Gallípoli había sido ya artillada por los turcos y los alemanes. Vacilaron y discutieron mucho Inglaterra y Francia acerca de los medios que se debían poner en práctica para lograr el éxito en la expedición y, por fin, se acordó que una escuadra franco-inglesa, mandada por el almirante Garden, acompañase a un cuerpo expedicionario de infantería de los dos países, que habría de ser mandado por los generales ingleses Hamilton y Monro y por los franceses D'Amade y Gouraud. En los primeros momentos quiso la flota forzar el paso de los Dardanelos por sí misma, pero fué recibida por gran fuego de artillería de las baterías costeras, y tuvo que retirarse, no sin haber perdido en el estrecho los acorazados *Irresistible, Bouvet* y *Ocean*. Entonces desembarcó en la península de Gallípoli el cuerpo expedicionario. La operación de desembarco fué dificilísima y de nada sirvió, pues los turcos, muy bien atrincherados, resistieron todos los ataques, que eran encarnizadísimos. Perdieron los francoingleses millares de soldados. Fueron hundidos por las baterías otomanas barcos ingleses, como el *Majestic* y el *Triumph*, y, por fin, no sin haber sido herido de metralla



El ingenio de ambos bandos ejercitóse en idear disfraces de todo género que ocultasen al enemigo los movimientos propios. Esta fotografía muestra la explosión de una bomba de gas en el momento en que comienza a desarrollar la nube tras la cual se han de ocultar los movimientos.

el general francés Gouraud, fué decidida la evacuación de la península a fines de 1915, y llevada a cabo en la noche del 8 al 9 de enero de 1916, después de haber fracasado ruidosamente el golpe que los francoingleses quisieron dar a Constantinopla.

ENTRADA DE ITALIA EN LA GUERRA

Cuando en agosto de 1914 se declaró la guerra, el anuncio oficial de que Italia permanecía neutral indicó bien a las claras que se disponía a apartarse de Alemania y Austria, con las que estaba unida por una alianza. La diplomacia francoinglesa trabajó rudamente por atraerse la voluntad italiana, Alemania, por su parte, procuró tender una gran red de maniobras con objeto de evitar que los italianos se adhirieran al bloque francoinglés. Su Santidad el Papa Benedicto XV, que había sucedido en el Solio Pontificio a Pío X, muerto en agosto de 1914, realizaba toda clase de esfuerzos por evitar nuevas complicaciones guerreras; pero las relaciones entre Italia y Austria, viejas enemigas cordiales, a pesar de estar unidas por una alianza, fueron cada día más tirantes, hasta que el día 23 de mayo de 1915 Italia entró en la guerra al lado de Francia, Inglaterra, Servia y Rusia. Esto reforzó poderosamente la posición de los aliados.

Inmediatamente se pusieron en marcha hacia la frontera las tropas italianas, mandadas por el generalísimo Cadorna, y, atravesando desfiladeros, montañas, picos y cordilleras, avanzaron por el territorio enemigo, a pesar de haber tropezado con grandes obstáculos, que habían acumulado allí los austriacos.

BULGARIA ENTRA EN LA GUERRA

Cuando terminaba la gran ofensiva alemana contra los rusos se produjo otro hecho importante: la entrada de Bulgaria en la guerra al lado de Alemania, de Austria y de Turquía. En Sofía, la diplomacia alemana venció a la

diplomacia aliada. Por acuerdo del Gobierno francés, se envió al puerto griego de Salónica una expedición militar, a la que se oponía Inglaterra, por considerarla inútil. Con esta expedición trataba Francia de evitar que Bulgaria interviniese a favor de Alemania, sostenía de paso a Servia y vigilaba a Grecia, que era sospechosa a los ojos de Francia y de Inglaterra por el estrecho parentesco que unía a la corte de Atenas con la de Berlín. Esa expedición a Salónica se hizo con muy pocos soldados y muy tarde, tanto que antes de que las tropas francesas llegaran al citado puerto ya habían entrado los búlgaros en la guerra (primeros de octubre de 1915), y unidos a las tropas del mariscal alemán Mackensen, que ya había terminado de perseguir a los rusos, se lanzaban sobre Servia, produciendo la total derrota del ejército de este país, devastando sus tierras y obligando a los restos de regimientos servios a embarcar en buques franceses e ingleses para trasladarse a la isla de Corfú. El tifus, la disentería, el hambre y todo género de calamidades cayeron sobre los servios, dejándolos reducidos a la más extrema miseria. La expedición francesa a Salónica llegó el 9 de octubre, con tiempo únicamente para recoger los restos de una parte del ejército servio y para detener a los búlgaros en las fronteras servio-griegas. Mandaba la expedición de Salónica el general francés Sarrail. Mandaba el ejército búlgaro, en nombre del zar, Fernando de Bulgaria, el general Jecoff. Así terminó el año de 1915, quedando los grupos combatientes divididos de esta manera: a un lado, Inglaterra, Francia, Rusia, Bélgica, Italia, Servia y Montenegro; al otro lado, Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria. El balance del año había sido favorable a los alemanes y austrohúngaros. No sucedería lo mismo al siguiente.

LA GRAN GUERRA DURANTE EL AÑO 1916

El año 1916, tercero de la guerra europea, se caracteriza y señala por la famosísima batalla de Verdun, acaso la más sangrienta que hayan conocido los siglos. Durante todo el año 1915 había venido preparándose con gran esmero la guerra de trincheras y acumulándose material sobre material, hasta el punto de que las disponibilidades de cada uno de los beligerantes y, sobre todo, del alemán, sobrepasaban todo lo imaginable. Cañones, ametralladoras, fusiles, fusiles-ametralladoras, morteros de trinchera, aviones de caza, aviones de bombardeo y de exploración, alambradas, gases, todo había sido ya aplicado a la guerra. La guerra en los aires alcanzaba proporciones novelescas. Cada uno de los ejércitos disponía de numerosísimos aeroplanos, que, pilotados por los soldados más jóvenes, libraban batallas entre las nubes, se cazaban mutuamente, exploraban el campo enemigo, obtenían fotografías de las posiciones del adversario y daban a la artillería los datos necesarios para que pudiera disparar con acierto. Al mismo tiempo se aplicaban los dirigibles y los zepelines a servicios parecidos. Desde fines de 1915 se sabía que los alemanes preparaban un gigantesco ataque contra las líneas francesas. Trataban de apoderarse de la fortaleza de Verdun, romper en este punto el frente francés y partir en dos la línea enemiga. Esto les habría dado acaso la victoria sobre Francia. Mandaba los ejércitos alemanes enfrente de Verdun el príncipe heredero de Alemania, hijo de Guillermo II, y tenía como consejeros al viejo mariscal von Haeseler y al general von Falkenhayn, generalísimo de las tropas de Occidente, en substitución de Moltke, que, a raíz de la derrota del Marne, había sido destituído.

Hechos todos los preparativos necesarios, reunidos un millón de hombres y millares de cañones de todos los calibres, el día 21 de febrero de 1916, a las cinco de la mañana, antes de que hubiese amanecido, y bajo una tempestad de nieve, después de un tremendo bombardeo contra las trincheras francesas, se lanzaron al ataque imponentes masas de alemanes. La violencia del ataque fué tal, que los franceses hu-

A pesar de la enorme escala en que se desarrollaron las hostilidades—las inauditas masas de combatientes, la enormidad de máquinas prodigadas por ambas partes—la lucha ofreció diariamente ocasiones en que mostrar el valor y el ingenio individuales, siendo innumerables los recursos de que se echó mano para no ser descubierto. La fotografía superior muestra un árbol convertido por los alemanes en puesto de observación, imposible de descubrir a distancia. En la inferior se ve a un tirador turco que esperaba evitar el ser descubierto convirtiéndose en un árbol.

bieron de replegarse. Hubo un momento en que todo el mundo creyó que los franceses habrían de abandonar Verdun. Todas las naciones seguían con sin igual afán el curso de la batalla. El día 24 de febrero terminó el repliegue francés y se organizó una resistencia de hierro gracias a los generales Castelnau y Pétain. Los alemanes, empeñados en conquistar la ciudad, arreciaron en sus ataques. Cada día se daban diez o doce asaltos, y así hasta el mes de julio, en el cual atacó el príncipe heredero alemán por última vez las líneas francesas, y tuvo que convencerse de que era imposible abrir brecha y mucho más imposible conquistar la ciudad. Todavía hasta septiembre hubo ligeros ataques, pero Verdun resistió definitivamente, y al final los franceses, reaccionando violentamente, conquistaron el 2 de noviembre, en muy pocas horas, el terreno que habían perdido en varios meses. Se calcula que en esta batalla los alemanes perdieron, entre heridos, prisioneros y muertos, cerca de un millón de hombres, y que las bajas francesas pasaron de medio millón.

En este mismo año, y con objeto de descongestionar el frente de Verdun, organizaron los aliados una gran ofensiva en las orillas del río Somme, ofensiva que comenzó el día 1.º de julio. Atacaron con grandes efectivos ingleses y franceses, y durante el mes de julio lograron victorias considerables. Cogieron más de 80.000 prisioneros alemanes e hicieron retroceder el frente germánico en gran profundidad; pero, a su vez, tuvieron los aliados pérdidas incalculables y no lograron romper decisivamente el frente enemigo. Conquistaron, eso sí, cerca de doscientos pueblos que antes estaban en poder de los alemanes.

En el frente oriental, los rusos, que habían quedado muy maltrechos después de los grandes ataques alemanes de 1915, se limitaron durante el invierno y la primavera a reorganizar el ejército y a intensificar la producción de material. Gracias a las ventajas logradas a este efecto, consiguieron los aliados que en los primeros días de junio, al mismo tiempo que los franceses e ingleses atacaban en las riberas del río Somme, se lanzase Rusia a una nueva batalla. Querían los aliados que Alemania, atacada por sus dos frentes, se viera en la imposibilidad de atenderlos y, por tanto, que sucumbiera. No fué así; pues aunque austriacos y alemanes tuvieron quebrantos grandísimos, resistieron con incalculable energía, y no lograron los aliados reducirlos a la derrota. En esta ofensiva del verano de 1916, mandada por Brusilof y ejecutada en las fronteras orientales de Hungría, los rusos lograron éxitos muy grandes; cogieron más de 400.000 prisioneros, avanzaron más de ciento cincuenta kilómetros y, cuando la marcha de esta ofensiva era más temible para los austrohúngaros, hubo de suspenderse; pues la desorganización en el aprovisionamiento de municiones y de alimentos era tal que se encontraban los combatientes rusos desprovistos de todo.

En el frente de Italia también se libraron durante este año batallas importantes. Con objeto de que Italia no pudiera auxiliar a los aliados durante la batalla de Verdun, organizaron Alemania y Austria un gran ataque contra los italianos, y así, 600.000 austroalemanes, apoyados por 3.000 cañones, atacaron impetuosamente a las tropas italianas por el Trentino, entre los ríos Adigio y Brenta. Las ciudades de Arsiero y Asiago cayeron en poder de los atacantes, y en toda la llanura conocida por el nombre de «llanura de los siete ayuntamientos» avanzaron los austriacos. Pero la ofensiva rusa de Brusilof obligó a los austrohúngaros a enviar sus tropas al Este, y por esto se suspendió el ataque en Italia. Reaccionaron los italianos y conquistaron el terreno perdido, incluso las ciudades de Arsiero y Asiago. Inmediatamente atacaron en la zona del Carso, derrotaron a los austriacos y tomaron la ciudad de Goritzia, continuando las luchas sangrientas en esa zona durante todo el otoño de 1916.

RUMANIA ENTRA EN LA GUERRA

Desde tiempo atrás se venía asegurando que Rumania iba a intervenir en la guerra europea, pero nadie sabía a cuál de los bandos se inclinaría la voluntad rumana. Los aliados habían acordado que Rusia ofreciera todo su apoyo al gobierno rumano a fin de asegurarle victoria, al par que se le hacía ver la posibilidad de agregar a Rumania grandes extensiones de territorio que estaban en poder de los búlgaros y de los húngaros. Por su parte, Alemania había hecho valer ante la opinión rumana la derrota de los rusos, a fin de obligarla a intervenir en favor de los imperios centrales. Rusia había prometido enviar doscientos mil hombres a Rumania en el caso de que apoyara a los aliados. Por fin, el 27 de agosto de 1916 Rumania declaró la guerra a Alemania. Lo primero que faltó fué el envió de los 200.000 rusos prometidos. Por esto se ha querido ver un acto de traición en el Gobierno ruso de aquel tiempo, presidido por Sturmer. Irritada Alemania con la declaración de guerra de Rumania, y con objeto de producir un gran golpe de efecto moral, reunió numerosas tropas en la frontera rumana, y en dos columnas, mandadas por los generales Falkenhayn y Mackensen derrotaron y casi coparon al ejército rumano, el cual tuvo que retirarse rápidamente y abandonar la capital del reino, Bucarest, que cayó en manos de los alemanes el día 6 de diciembre, fecha de la entrada triunfal del alemán Mackensen en la citada ciudad.

DESARROLLO DE LA GUERRA EN EL AÑO 1917

Año sensacional de la guerra fué éste de 1917.. En el frente de Francia, después de un invierno de desgaste de tropas por el frío y las enfermedades, los aliados esperaban que viniese el derrumbamiento alemán. Pero he aquí que a primeros de marzo estalla en toda Rusia una tremenda revolución y queda esta nación anulada para la guerra. Francia e Inglaterra se encontraban, por tanto, sin aquel poderoso aliado. La revolución rusa hizo que Alemania pudiera traer al frente de Occidente tropas muy numerosas. Pero de esta revolución hablaremos más tarde.

Durante los primeros meses de 1917, el general Gough, al frente del quinto ejército inglés, avanzó y reconquistó algunas ciudades que estaban en poder de los alemanes desde 1914. Lo mismo ocurrió en el sector que defendía el general Fayolle, con tropas francesas. Éstas avanzaron, así como las del general francés Humbert, y conquistaron, o mejor dicho, reconquistaron, fajas muy extensas de terreno. Los alemanes, sin embargo, se refugiaron en sus líneas de trincheras, conocidas con el nombre de «líneas de Hindenburg y Sigfrido», y consideradas como inexpugnables.

Para batirlas se organizó la ofensiva de la primavera de 1917, conocida con el nombre de «ataque al Camino de las Damas», posición muy abrupta que estaba en poder de los alemanes. La ofensiva fué preparada por el general Nivelle, generalísimo francés que había substituído a Joffre al ser nombrado mariscal este último. Se inició el asalto el último día de abril, y a los dos días quedó suspendido porque fracasó el esfuerzo francés, a pesar de que había sido preparado con enorme cantidad de material y con toda clase de medios imaginables. En Artois y en Flandes ganaron los ingleses con regular éxito. El general Nivelle fué relevado, y le substituyó como generalísimo el general Pétain. Al frente del ejército inglés quedó nombrado el generalísimo Douglas Haig.

En las líneas ocupadas por tropas francesas, el poderío británico se iba manifestando cada día con más fuerza. Llegaban a Francia los soldados ingleses por centenares de miles. El material que las fábricas inglesas enviaban era incalculable, y, en fin, la nación que al comenzar la guerra no tenía nada preparado, iba formando uno de los mayores y más poderosos ejércitos del mundo.

Durante la primavera y el verano del

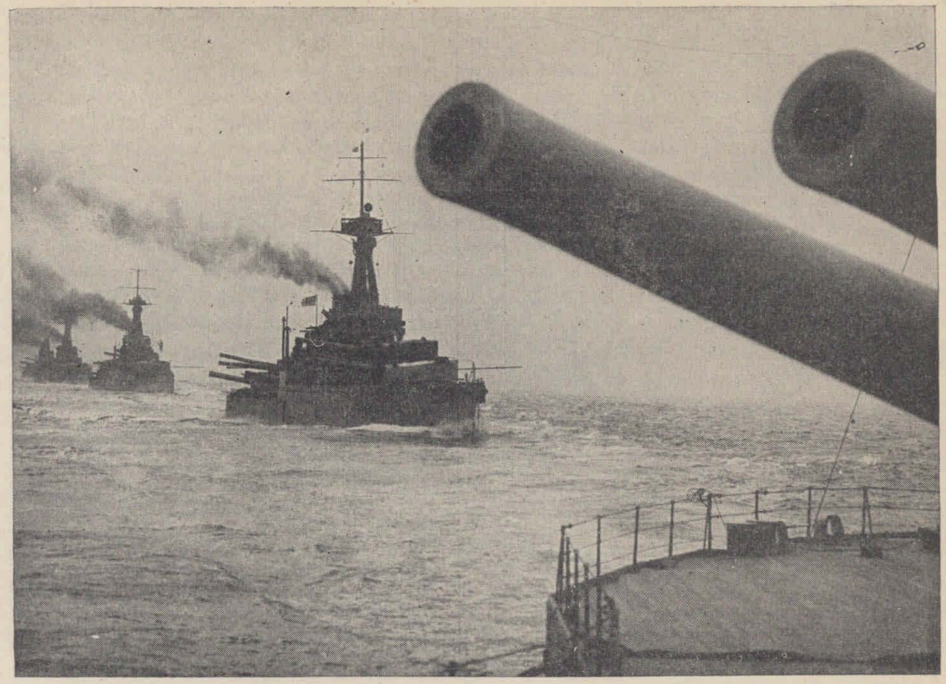
año 1917, las tropas inglesas atacaron constantemente el frente alemán y obtuvieron numerosos éxitos, comprobando así que podían esperar en un plazo más o menos largo la victoria sobre Alemania. La lucha fué muy dura, y varias ciudades que estaban en manos de los alemanes fueron constantemente amenazadas por los ingleses. Durante el otoño continuaron los ataques y los éxitos parciales. Las tropas alemanas del general von Arnim fueron batidas por los ingleses, y en Verdun, el general Guillaumat arrojó a los alemanes hasta el mismo punto de donde éstos habían partido el 21 de febrero del año anterior para tomar la ciudad.

Durante el verano de este año se promovió en Francia la gran campaña contra el espionaje. La labor de propaganda de los agentes de Alemania se había intensificado entre las filas del ejército. Unido esto al fracaso de la ofensiva de Nivelle en el Camino de las Damas, durante el mes de abril, se excitaron los ánimos de los soldados franceses y cundió por toda la línea la indisciplina, hasta el punto de que surgieron entre los regimientos de Francia graves motines, y los propios soldados, un poco por la fatiga de tres años de guerra, y mucho por la propaganda engañosa de los alemanes, pedían que se firmara inmediatamente la paz. El general Pétain, al encargarse del mando supremo del ejército francés, hubo de reaccionar contra esto e infligir graves castigos a los soldados pacifistas.

En París, al mismo tiempo, se daba una gran batida a los que se consideraban complicados en estos asuntos. Así, Miguel Almereyda, director del periódico *Le Bonnet Rouge*, fué encarcelado y se suicidó en la cárcel a los pocos días de su prisión. Otros muchos fueron también detenidos. El ministro del Interior, M. Malvy, fué juzgado por alta traición y condenado a destierro; y el Sr. Caillaux, que había sido presidente del Consejo de Francia, y que era diputado, fué enviado a la cárcel cuando Clémenceau fué nombrado presidente del Consejo en octubre de 1917. Se acusó a Caillaux de alta traición contra la patria, y no fué juzgado y condenado hasta que terminó la guerra. En virtud de todos estos hechos y bajo el poder de Clémenceau se instauró en Francia un régimen transitorio de dictadura militar y policíaca, tan riguroso, que acabó completamente con el espionaje y que duró hasta que se firmó la paz.

LA REVOLUCION RUSA

Ya hemos dicho que a primeros de marzo de 1917 estalló en Rusia la revolución. Y esta revolución dió como resultado el derrumbamiento y anulación del ejército ruso y la derrota gravísima de Rumania. El pueblo ruso, sobre el que habían caído tres años de guerra muy crueles, se encontraba regido por un zar sin voluntad ninguna que, sugestionado por sus cortesanas y favoritos, no sólo no se ocupaba de él, sino que lo despreciaba. Un monje repugnante y aventurero, llamado Rasputin, habíase adueñado de la voluntad de la zarina y, por lo tanto, era el verdadero amo de Rusia. Bajo la influencia de ese falso religioso, todas las iniquidades cabían en Rusia. Llegó el invierno de 1916-1917, y los sufrimientos del pueblo ruso se agravaron con la llegada del hambre en proporciones tan aterradoras, que en la capital de Rusia morían las gentes en las calles de los barrios populares. Estallaron grandes huelgas en la capital. Se amotinó la población entera; los regimientos que la guarnecían se pusieron al lado del pueblo al ver que éste sufría un hambre terrible, y como resultado de todo ello tuvo que huir el Gobierno; y el zar, que estaba en el frente de batalla, abdicó en favor de su hermano el gran duque Miguel, el cual no quiso aceptar la corona. La revolución se extendió por toda Rusia. Se nombró un Gobierno provisional, y por fin se concedió el poder a un Gobierno socialista, presidido por el tribuno Kerensky. Esto ocurría en mayo de 1917. Pero la revolución había estallado en toda Rusia. Nadie quería trabajar ni combatir, y, en suma, lo que se derrumbó no fué la



Esta fotografía de la tercera escuadra inglesa de línea puede servir muy bien de símbolo de lo mucho que para las potencias de la Entente significó la supremacía naval. Se podría decir que bajo la protección de estos cañones fué como se consiguió lenta y dolorosamente, la victoria.

fuerza material de Rusia solamente, sino su fuerza moral.

Kerensky, para levantar de nuevo la moral rusa, intentó reorganizar el ejército; nombró generalísimo a Brusilof, y, poniéndose él mismo al frente de las tropas, se lanzó al ataque contra los austriacos el 1 de julio de 1917. Les cogió en un solo día 36.000 prisioneros. Pero todo ello fué ilusión de un día, porque los soldados le desobedecieron, tiraron los fusiles y se retiraron en desbandada al interior del país. Aprovechando esta desmoralización, avanzaron los alemanes. Tomaron cuantas ciudades quisieron. Unos pocos generales rusos intentaron reaccionar contra esta catástrofe, pero fracasaron. Y en septiembre de 1917 los grupos extremos del socialismo ruso, constituídos por comunistas y por terroristas de antaño, dieron un golpe de mano, derribaron el Gobierno de socialistas moderados y se apoderaron del mando, constituyendo un Gobierno que tenía por fin establecer la dictadura del proletariado y hacer a los obreros amos de Rusia extirpando totalmente la propiedad y el capitalismo. Este Gobierno inició inmediatamente las negociaciones de paz separada con Alemania, desligándose en absoluto de todos los compromisos que hubiese adquirido con los aliados el zar Nicolás II. Las negociaciones de paz, que se llevaron a cabo en la ciudad de Brest-Litovsky, terminaron en un tratado, que se firmó el mes de diciembre de 1917, con el cual se dió fin a la guerra por parte de Rusia.

LOS ESTADOS UNIDOS Y OTROS PUEBLOS ENTRAN EN LA GUERRA

Durante el mismo año de 1917 se produjo también el hecho capital que había de determinar la derrota segura de Alemania. Desde el principio de la guerra, los Estados Unidos de América habían facilitado a los aliados grandes cantidades de material de guerra. Cuando a primeros de 1915 los alemanes iniciaron la guerra por medio de los submarinos contra los barcos mercantes y los bombardeos de ciudades como Pa-

rís y Londres por medio de aeroplanos y dirigibles, los Estados Unidos protestaron, considerando que estos hechos constituían verdaderos delitos contra el derecho de gentes y contra la Humanidad. Contestaron con evasivas los alemanes; mas no por eso abandonaron los citados métodos de guerra.

En mayo de 1915, un submarino alemán hundió un enorme buque de pasajeros inglés llamado *Lusitania,* catástrofe en la cual perecieron numerosas personas indefensas. Poco después hundieron el vapor *Sussex,* de pasajeros también, y en este hundimiento pereció, entre otras personas, el gran compositor español Granados.

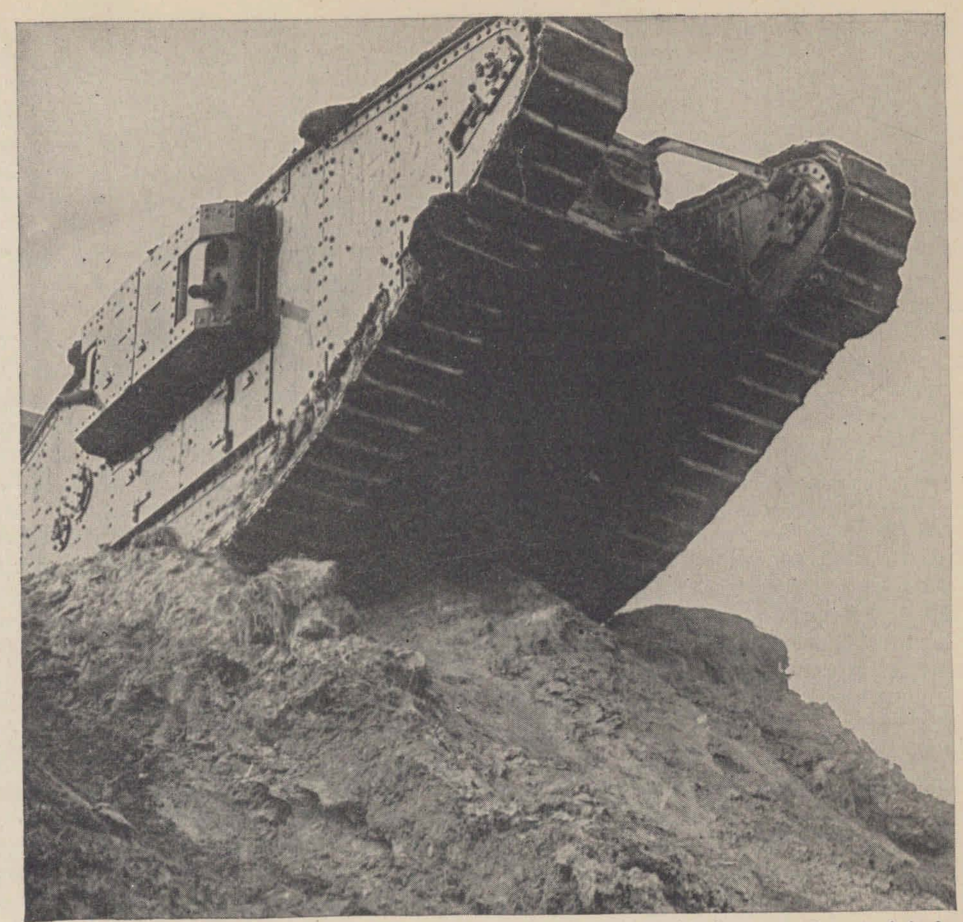
Por otra parte, los bombardeos aéreos de ciudades abiertas adquirían cada día mayor importancia, y el número de víctimas aumentaba considerablemente.

En el mes de enero de 1917, el káiser ordenó que se circulara en nombre de Alemania, al mundo entero, una nota por la cual se hacía saber que Alemania iba a extender el radio de acción de su guerra submarina, y que en adelante no serían respetados ni aun siquiera los barcos de comercio pertenecientes a países neutrales que hicieran ruta hacia puertos franceses, ingleses o italianos. Los Estados Unidos se alzaron violentamente contra este propósito, y con tal motivo cambiaron con Alemania varias notas diplomáticas. Pero, mientras tanto, pasaba el tiempo y Alemania cumplía lo que en su nota de enero de 1917 había prometido. Las relaciones entre los Estados Unidos y Alemania se hicieron tan tirantes, que el presidente Wilson, a la sazón al frente de los destinos de los Estados Unidos de América, envió al Senado norteamericano un mensaje pidiendo la declaración de guerra contra Alemania. Este mensaje fué aprobado por aclamación, y, por tanto, quedó declarada la guerra entre Alemania y los Estados Unidos en fecha 6 de abril de 1917.

Inmediatamente comenzaron los preparativos para enviar tropas a Francia. Oficiales franceses fueron a los Estados Unidos para instruir a los reclutas norteamericanos y para formar cuadros de oficiales y de aviadores. Como prueba del esfuerzo que los Estados Unidos se preparaban a desarrollar, a los dos meses de declarada la guerra llegaba a Francia la primera división completamente equipada. Desde este momento constantemente fueron desembarcando en tierra francesa material y hombres de América, que habían de constituir para el año 1918 un ejército de dos millones de hombres, con poderosísimos medios de ataque. Fué nombrado generalísimo del ejército norteamericano el general Pershing. El efecto que la declaración de guerra de los Estados Unidos a Alemania produjo en el mundo entero no es para descrito. Todos vieron en ella la seguridad del desastre alemán.

A la declaración de guerra de los Estados Unidos se unía la de buen número de Repúblicas sudamericanas, la del inmenso Imperio chino, la de Siam, la de Liberia y la de Portugal.

A fines del año 1917, un acontecimiento militar por parte de los aliados vino a cerrar la etapa de batallas. Derrumbada Rusia, firmada la paz con Alemania por el Gobierno comunista, austriacos y alemanes pudieron trasladar al frente italiano todas sus tropas, y preparar así la ofensiva de Caporetto, que fué para Italia un verdadero desastre. En el mes de noviembre de 1917 todo el ejército italiano fué derrotado violentamente por los austroalemanes, los cuales cogieron 500.000 prisioneros, avanzaron 400 kilómetros y redujeron para varios meses a la impotencia al ejército de Italia. Fué destituído el generalísimo italiano, Cadorna, y nombrado para substituírle el general Armando Díaz. De Francia salieron tropas francesas al mando del general Fayolle, para contener el avance de los austroalemanes en las llanuras italianas. En efecto; las divisiones francesas llegaron a tiempo para oponer resistencia vigorosísima a los atacantes en las orillas del río Piave, y para detener allí de una vez para siempre el avan-



La primera aparición de los tanques, arrastrándose como monstruos antediluvianos por el *no man's land*—la tierra de nadie—ofreció uno de los más pintorescos momentos de la guerra en Francia. La figura muestra un tanque escalando un gran montón de escombros y da idea de la capacidad de estas máquinas para salvar obstáculos. Obsérvense los cañones asomando por la torrecilla lateral.

ce arrollador. Italia sufrió una brusca conmoción como consecuencia de esta derrota; pero supo bastarse a sí misma y preparar la reorganización. Así terminó el año 1917.

DESARROLLO DE LA GRAN GUERRA DURANTE EL AÑO 1918

El año 1918 fué el decisivo en la gran guerra mundial, que comenzó en agosto de 1914. Durante este año de 1918 fué aplastado el poderío alemán y tuvo Alemania que pedir la paz. Sin embargo, antes de llegar a tan amargo trance, hizo el ejército del Imperio un esfuerzo supremo, y en él llegó a tales límites, que a punto estuvo de destrozar a los ejércitos de Francia y de Inglaterra.

A fuerza de someter a la población civil a todo género de restricciones, consiguió el Gobierno imperial tener bien aprovisionado a su ejército. La producción de material logró gran impulso, y la incorporación de una nueva quinta alemana dotó a las tropas de refuerzos de importancia. Como, por otro lado, no había peligro ninguno en el frente oriental, Alemania, que durante tres años se había batido en dos frentes distintos, concentró en uno solo, en el de Francia, todos los elementos de que disponía. El número de combatientes llegaba a dos millones, y entre las tropas se había hecho una selección cuidadosa para formar unidades que se conocieron con el nombre de «tropas de choque». Por última vez iban a inten-

tar los alemanes aplastar a sus enemigos. El 21 de marzo, aprovechando la coyuntura de que todavía no habían entrado en fuego las grandes masas de soldados americanos, aunque ya se hallaban en Francia, atacaron los alemanes el frente inglés en cuarenta kilómetros de extensión. Mandaban las tropas inglesas en esa zona los generales Byng y Gough. Disponían de unas diez divisiones. Los alemanes habían reunido para el ataque cerca de cuarenta, y eran mandadas por el general prusiano von Hutier. Tan duro fué el choque, que el frente inglés se derrumbó instantáneamente, y todo el quinto ejército, que mandaba Gough, se retiró precipitadamente, abandonando a los alemanes, en el plazo brevísimo de tres o cuatro días, enormes extensiones de terreno que al precio de verdaderos ríos de sangre inglesa habían sido conquistadas o, mejor dicho, reconquistadas, durante la campaña de 1917.

Las tropas de Byng resistieron mejor; pero al ver el repliegue de las de Gough, tuvieron forzosamente que abandonar terreno, para no quedar expuestas al peligro de un ataque alemán de flanco.

Durante un día entero hubo en el frente inglés, precisamente en el punto en que el ejército británico se unía al francés, una brecha de cuarenta kilómetros de anchura. El pánico que se apoderó de las naciones que simpatizaban con los aliados fué enorme. Se creyó que por esa brecha iban los alemanes a bajar como una tromba sobre la zona de París, y que otras columnas marcharían por Amiéns en dirección a la costa. Puestos de acuerdo los generalísimos francés Pétain y el inglés Douglas Haig, fueron enviadas a la zona de la derrota algunas divisiones francesas, mandadas por los generales Fayolle, Pellé y Humbert. Esto ocurría el 25 de marzo. E inmediatamente se entabló por parte de los aliados una encarnizadísima batalla de defensa en torno a la ciudad de Montdidier, extendiendo la línea hasta la ciudad de Noyon. Sobre el terreno se formó rápidamente, con tropas traídas de distintos puntos, otro ejército francés, que inmediatamente entró en lucha, y, gracias a esto, fué parado en seco el avance alemán, que había costado a von Hutier enormes pérdidas, pero que había destrozado todo un ejército inglés y conquistado mucho terreno.

Coincidiendo con este gran ataque alemán, que en el primer momento pudo parecer decisivo, comenzó París a ser bombardeado por un cañón misterioso. A los primeros disparos se creyó que se trataba de algún aeroplano alemán oculto entre las nubes; pero luego se comprobó que los disparos partían de un cañón monstruoso situado detrás del frente alemán, y que disparaba sobre París a una distancia de 128 kilómetros. El día 29, uno de esos proyectiles destruyó la iglesia de San Gervasio y mató cerca de cien fieles que asistían a la misa. La grave derrota sufrida por los aliados en la costa de Picardía, y la angustia que durante unos días habían pasado, los obligó a reflexionar. Se volvió a discutir, entre las ansias producidas por la seguridad de que los alemanes no dejaban de atacar, un problema viejo que muchas veces había sido propuesto y nunca resuelto. Se trataba de concentrar el mando en una sola mano; es decir, que en lugar de que existieran tantos generalísimos como ejércitos distintos, sólo hubiera un generalísimo, con autoridad para mandar a todos, desde el belga al italiano, pasando por el inglés y el francés. Los Gobiernos de Inglaterra y de Francia se reunieron apresuradamente en la ciudad de Doulens, y allí aprobaron instituir el generalísimo único y confiar este altísimo puesto al general Foch, que al principio de la guerra mandaba un cuerpo de ejército francés, y que a la sazón era jefe del Estado Mayor del ejército de Francia.

Los ingleses enviaron refuerzos a Francia para llenar las bajas que la derrota del 21 de marzo había producido. Y los Estados Unidos de América apresuraron el envío de numerosos contingentes. Para no dar tiempo

a que éstos intervinieran, las tropas alemanas atacaron, a primeros de abril, en la zona de Flandes. El ejército inglés, que en todo momento estaba demostrando gran valor y sangre fría, resistió los ataques que le dirigían las tropas mandadas por el príncipe Ruperto de Baviera. El general Foch, utilizando su mando único, preparaba ya operaciones futuras y repartía a maravilla todos los papeles.

La batalla de Flandes entre ingleses y alemanes, apoyados los primeros por franceses, fué durísima, y, aunque los alemanes avanzaron algo, los resultados no compensaban las pérdidas sufridas. En este momento la agitación en el frente occidental era enorme.

Alemania quería apresurarse para ganar pronto la guerra, pues le quedaban ya pocos recursos. Por ello, en el mes de mayo, mediante una operación habilísimamente preparada en secreto, tropas alemanas de primer orden sorprendieron a parte del ejército francés en el famoso Camino de las Damas, sobre las orillas del río Aisne. Desde Reims a Soissons la batalla rugió, y los franceses se retiraron a toda prisa. Uno tras otro abandonaron numerosos pueblos y varias ciudades. Varias líneas férreas quedaron cortadas por los alemanes, y, en resumen, los franceses sufrieron una lamentable derrota, como no la habían conocido desde los primeros días de la guerra. Al llegar a Château-Thierry, los franceses consiguieron reorganizarse en las orillas del Marne, y allí detuvieron el empuje alemán.

Mas el mando germano, que no daba tregua a sus tropas, lanzó otra ofensiva resuelta en el mes de junio sobre la región de Compiègne, en dirección recta a París. Esta vez fué menor el avance de los atacantes y mucho mayor la eficacia de la resistencia francesa. Los alemanes comenzaban a creer que todo estaba ganado y que, con seguir atacando como hasta entonces, lograrían dar en tierra con las potencias enemigas.

Así llegó el 14 de julio, día de la fiesta nacional de Francia que se celebró con gran esplendor, notándose en ella que, aunque los aliados se habían resentido algo por las últimas conquistas alemanas tenían, a pesar de todo, plena fe en la victoria.

En la madrugada del 15 de julio, cerca de las dos, comenzó un furioso bombardeo alemán sobre el frente francés. A las cinco, las tropas atacaron violentísimamente sobre la zona de Château-Thierry, de Reims y de las llanuras de la Champagne. Mandaban las tropas francesas de resistencia los generales Degoutte, Berthelot, Humbert y Gouraud. En esta ocasión, que era la suprema tentativa del rompimiento del frente, los alemanes fracasaron por completo. El frente francés, que estaba apoyado por dos divisiones inglesas y dos unidades italianas, resistió como un muro de acero, y cuando los alemanes se estaban reponiendo de la sorpresa que les había producido esta resistencia aliada, comenzó de una manera gigantesca la contraofensiva victoriosa que en silencio y a través de todas las derrotas había venido preparando el mariscal Foch.

A las cinco de la mañana del 18 de julio las tropas francesas, apoyadas por numerosos tanques, y mandadas por el general Mangin, atacaron con violencia inusitada. Los alemanes se vieron sorprendidos, y no pudiendo resistir, comenzaron a retirarse muy de prisa hasta las trincheras del río Aisne, no sin abandonar la ciudad de Soissons y de dejar en manos de los franceses 40.000 soldados prisioneros y 700 cañones.

Para no dejar que el general Ludendorff y el mariscal Hindenburg, supremos jefes del ejército alemán, se repusieran, el 8 de agosto se lanzó otra grande y violenta ofensiva franco-inglesa en la zona del río Somme, mandada por el general francés Debeney y los generales ingleses Byng y Rawlinson. El ejército alemán tuvo también que retirarse en este punto, y así, poco a poco, se fué extendiendo la gigantesca batalla aliada concebida

por Foch en todo el frente de Francia. Las tropas de Bélgica, mandadas por el rey Alberto, atacan el 5 de septiembre y, poco a poco, van recobrando sus ciudades. La lucha se desarrolla en un frente de 500 kilómetros y dura cuatro meses. Ya están los alemanes a punto de abandonar todo ataque. Las ciudades del Norte son rescatadas por Francia. Los soldados ingleses mandados por Byng pelean con tal furia y encono, que rompen y destrozan y pulverizan la llamada línea Hindenburg, que es, sin duda, la organización de defensa guerrera más fuerte que haya conocido el mundo en todas las guerras que han tenido lugar desde que la Humanidad existe.



El uso de los aeroplanos trajo aparejado el empleo, como arma para combatirlos, de un tipo especial de cañón montado de un modo que pudiese girar rápidamente en redondo, tal como el que muestra la figura en acción entre las ruinas de Lievin.

No se debe olvidar que desde el primer momento de esta monstruosa lucha entraron en fuego las tropas americanas, compuestas de jóvenes valerosos y ávidos de gloria. Divisiones americanas atacan en todas partes al lado de los franceses y alcanzan grandes victorias. La línea alemana se había derrumbado por todas partes. Más de 600.000 prisioneros habían caído en poder de los aliados. Pasaban de 7.000 los cañones cogidos. Llegó así el 3 de noviembre, y Foch había preparado para el día 12 la ofensiva final, la que debía traer el copo de todo el ejército alemán de Occidente. Para eso atacarían los franceses y grandes masas de combatientes americanos por la región de Lorena y se dirigirían contra Metz y Estrasburgo. Como la rotura del frente era segura, quedarían fuera de combate todos los regimientos alemanes que cubrían la línea desde Metz hasta la costa de Bélgica. El encargado de ejecutar este plan de Foch era el general Castelnau.

Pero he aquí que, en medio de tanto estruendo guerrero, el día 11 de noviembre, cinco plenipotenciarios alemanes atraviesan en transporte especial las líneas francesas, se presentan al mariscal Foch y en nombre del Imperio anuncian que piden la paz a los aliados y que para tratar de la paz solicitan un inmediato armisticio, pues Alemania no podía dar un paso más.

Para explicarse más claramente la situación de Alemania cuando sobrevino su grave derrota conviene tener en cuenta lo que había ocurrido en otros teatros de operaciones. A principios del verano había sido enviado a Salónica, para ponerse al frente del ejército franco-anglo-servio de operaciones contra los búlgaros, el general

francés Franchet d'Esperey. Substituía al general Guillaumat, el cual era llamado por el Gobierno militar de París para que se encargara del mando de la capital de Francia. A este ejército de Salónica se habían unido los contingentes griegos. ¿Que cómo tomaban parte en la lucha soldados de Grecia? Helo aquí. Desde el principio de la guerra, el rey Constantino de Grecia se oponía a cumplir la alianza que había contraído con Servia. Los aliados sospecharon que el rey Constantino estaba de parte de Alemania. El día 2 de diciembre de 1916 hubo en Atenas una matanza de marinos franceses, y, como consecuencia de este hecho, los aliados obligaron al rey de Grecia a abdicar en su segundo hijo, Alejandro, y el día 12 fué proclamado rey en substitución de su padre. Como imposición inmediata vino el nombramiento de Venizelos para la presidencia del Consejo, y éste declaró, en nombre de Grecia, la guerra a los alemanes, enviando tropas a Salónica para pelear bajo las órdenes francesas.

Todos estos ejércitos, reunidos, acordaron atacar a los búlgaros el 15 de noviembre de 1918, mientras en Francia eran derrotados los alemanes. El ejército de Salónica avanzó rápidamente. Los búlgaros se retiraban en desbandada. Hasta que el 26 de septiembre, el zar de Bulgaria comunica que ya no puede más y acuerda pedir la paz a los aliados y firmar un armisticio. Servia, la devastada y la sacrificada, vuelve a ser libre y dueña de sí misma. De intento se ha dejado de hablar de la campaña brillantísima que los ingleses llevaban a cabo en Mesopotamia y en Siria. En este último teatro de operaciones, el general Allenby se hizo dueño de todo el país, y conquistó las ciudades de Jaffa, Jerusalén, Jericó, Damasco, Beiruth y Trípoli. En Mesopotamia, el general inglés Maud también se apoderó de todo aquel inmenso territorio, derrotando completamente a los turcos. Tal fué la derrota de éstos, que el día 30 de octubre de 1918 pidieron la paz, y el día 31 se firmó el armisticio.

Coincidiendo con la ofensiva franco-inglesa en Francia, los italianos atacaron en su país y derrotaron completamente a los austriacos, reconquistaron el territorio perdido, y con muy pocas pérdidas obligaron a Austria a pedir la paz el día 11 de noviembre.

El emperador Carlos I de Austria, que fué elevado al trono al morir Francisco José durante la guerra, abdicó, salió de su país y se refugió en Suiza. Por su parte, el emperador de Alemania, apenas el Gobierno del Imperio y los generales acordaron solicitar la paz, huyó; se refugió en Holanda y se encaminó al castillo de Amerongen. Su hijo el príncipe heredero Federico Guillermo, que había sido ídolo de los militares, también huyó a Holanda, y con él todo el resto de la familia imperial. Un movimiento revolucionario instauraba la república en Alemania y así daba fin el mundo a la horrorosa guerra mundial desencadenada en los primeros días de agosto de 1914 y terminada el 11 de noviembre de 1918. Así se derrumbaba uno de los Imperios más poderosos del mundo y caía una familia imperial. Así terminaba, con la victoria de Francia, de Inglaterra y de todos sus aliados, el sueño de una coalición potentísima de la Europa central. La guerra había costado al mundo, entre muertos, enfermos e inútiles, quince millones de bajas. En el momento de terminar la guerra los aliados tenían en el frente occidental cuatro millones de hombres, y Alemania, un millón de soldados.



